

Jan Patočka: la disidencia filosófica

JORGE NICOLÁS LUCERO

(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - UNIVERSITÉ DE TOULOUSE - CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS - ARGENTINA / FRANCIA)

Recibido 10 de enero de 2017 – Aceptado 20 de marzo de 2017

Jorge Nicolás Lucero es Profesor de Enseñanza Media y Superior en Filosofía y Licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Es docente en el Instituto Superior de Formación Técnica N° 8. Se encuentra realizando su doctorado en filosofía en la Universidad de Buenos Aires y la Université de Toulouse II – Jean Jaurès, trabajando como becario doctoral en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires a través del CONICET. Su tesis analiza el problema del movimiento a través de las concepciones del campo transcendental que se encuentran en las obras de Maurice Merleau-Ponty y Gilles Deleuze. Durante 2016 ha realizado estudios del idioma checo en la Univerzita Karlova de Praga y ha sido invitado al Archivo Patočka.

Un 1º de enero hace 40 años ocurría un suceso político tan interesante como poco conocido fuera de sus tierras: la publicación en Checoslovaquia de la declaración cívica conocida como la Carta 77. La Carta, firmada por intelectuales, políticos y artistas, denunciaba el incumplimiento, por parte del gobierno de su República Socialista, de los pactos internacionales sobre los Derechos Civiles y Políticos y sobre los Derechos Económicos, Sociales y Culturales acordados en la Conferencia de Helsinki durante 1975. Aunque la iniciativa no tuvo un efecto directo sobre los asuntos gubernamentales, en los siguientes años continuó reuniendo voluntades divergentes con tanta fuerza que, a mediados de los años 80, tomó un nuevo impulso opositor consagrado en la Revolución de Terciopelo, suceso mediante el cual el comunismo perdía su poder absoluto.

A este evento se une otro de igual relevancia para la historia intelectual de este país: la muerte de uno de los portavoces de dicho documento, el filósofo Jan Patočka (1907-1977). Entre la figura incommensurable de Václav Havel (1936-2011), el dramaturgo, disidente



Patočka durante uno de sus seminarios clandestinos en un hospital psiquiátrico. Fuente: Archivo Patočka, Praga.

político, último presidente checoslovaco y primero de la República Checa tras la separación con sus vecinos, y el político y diplomático Jiří Hájek (1913-1993), las ideas y la labor del filósofo fueron determinantes para que la iniciativa tuviese impacto internacional. Nacido en Turnov, hijo de un director de escuela, discípulo de Edmund Husserl y Martin Heidegger, profesor en la clandestinidad por las proscripciones del nazismo y el gobierno soviético, Patočka no solo representa parte de la historia checa; también ha legado numerosos conceptos en torno al destino de la existencia humana y del mundo europeo, un legado aún vigente para pensar las condiciones éticas y políticas de Occidente.

Presentar todos los andamios del sistema filosófico de Patočka sería una tarea extensísima. Su pensamiento recorre con una mirada original los clásicos griegos, el trabajo de sus contemporáneos vin-

culados a la fenomenología –Karl Jaspers, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Hannah Arendt–, así como la obra de su compatriota Comenio y los escritos del primer presidente checoslovaco, Toma G. Masaryk. En lo que sigue, me conformaré con comentar algunas ideas fundamentales de su humanismo que hicieron eco en la Carta.

Una libertad en el sacrificio

Uno de los temas más relevantes en la reflexión patočkiana es el problema de la libertad. Habiendo vivido dos guerras mundiales, el nacimiento de Checoslovaquia como nación soberana, la invasión de la U.R.S.S. en 1968, y observado con sus maestros la crisis de la razón europea y el imperio de la técnica, no es algo ajeno a su vida. Ahora bien, la forma en la que Patočka aborda esta cuestión es llamativa. La libertad es existencial, porque nos constituye; es una guerra, porque es una experiencia del riesgo y de la conquista; y, sobre todo, es un acontecimiento, porque irrumpe reconfigurando el horizonte de la vida. Como sus contemporáneos Sartre y Heidegger, Patočka niega cualquier esencialismo en la condición humana. El ser humano es siempre su posibilidad de realización. Sin embargo, la libertad no está constituida al modo de una propiedad o rasgo de su naturaleza, sino que aparece en una perspectiva mucho más radical. Patočka nos da una concepción completamente anti-intuitiva: la libertad no es una propiedad del sujeto, no es ausencia de impedimentos físicos ni la plena ejecución de la voluntad; “no es sólo exigir y querer más, sino justo lo contrario”, decía en sus seminarios clandestinos.¹ La libertad es la condición de cualquier humanidad, y por eso, es el hombre una propiedad de ella. Antes que una variable de la acción, es la experiencia humanizante misma. En tanto experiencia, la libertad se revela como el gesto que da nacimiento a la metafísica, pues, como paso conjunto al asombro, la actitud filosófica invoca una insatisfacción ante aquello que ha sido dado, una trascendencia respecto del estado de cosas. Pero a diferencia de la metafísica, que coloca en lo que trasciende a otro ente (por ejemplo, la Idea platónica), esta experiencia de la libertad es negativa. La insatisfacción ante lo dado como tal no posee contenido positivo

¹ Patočka, Jan. *Libertad y sacrificio*, introducción, traducción y notas de Iván Ortega Rodríguez, Salamanca, Ed. Sígueme, 2007, p. 341.

alguno, lo que se vive es la trascendencia que no puede colocarse bajo la órbita de la objetivación y lo que problematiza el sentido de nuestra realidad.

Si la condición humana pertenece a la libertad y no al revés, no estamos condenados a ser libres, como decía Sartre. Es necesario diferenciar distintos modos del acontecimiento humano para revelar el que nos es propio. Patočka los llama movimientos de la existencia: el arraigo, la reproducción, el avance. Mientras que el arraigo es la dimensión constituyente de la autonomía por la mediación de los otros, la reproducción conduce al hombre a la objetivación del mundo y la cosificación del prójimo. Aquí la racionalidad europea entra en cortocircuito, olvidando que los orígenes de la evidencia yacen en el mundo natural, como propone la fenomenología, y deja que la técnica produzca una crisis del sentido: bajo estos términos, las guerras mostraron que las personas son un conjunto de fuerzas dominables y disponibles entre otras. Tomando la faceta más religiosa de Patočka, podríamos hablar de un retorno a lo orgiástico y lo demoníaco que se opondrán a la responsabilidad humana –tema con el que Jacques Derrida inicia su *Dar (la) muerte*. Pero es desde ese retorno donde emerge una oportunidad bajo la forma de la *solidaridad de los conmovidos*, solidaridad donde se desvela el movimiento de avance. Lo indispensable de esta solidaridad es su constitución en el abismo, esto es, no en la identidad sino en la desorientación. Allí se percibe el rasgo histórico de la libertad. “La historia –afirma– no es otra cosa que la certeza conmovida del sentido dado”.² El movimiento que pone en juego esta conmoción es el sacrificio. Este sacrificio no se desarrolla en el orden del intercambio. No es un trueque, sino un acto que afirma la irreductibilidad de la vida a cualquier función, es decir, que la vida humana está teñida por una trascendencia que no es cosificable. Nuevamente rondan aquí tópicos religiosos. Pero Patočka ha insistido en sus seminarios en que esta actitud no es religiosa, aunque no deja explicitadas las razones para verlo así. En cualquier caso, ve que el cristianismo no ha comprendido correctamente el problema de la existencia y encuentra en su historia cierta complicidad con los procesos que llevaron a la racionalidad europea a su virtual muerte. Por otra parte, el filósofo no observa modelos de este sacrificio en actos religiosos, sino es-

² Patočka, Jan, *Kacířské eseje o filosofii dějin*, Praga, Academia, 1981, p. 125.

pecialmente en actos cívicos. Formas del sacrificio se encontrarían en el escritor ruso Alexander Solzhenitsyn, o en el científico Igor Sajarov; también podríamos observarlo en su propia tierra cuando el estudiante de historia Jan Palach toma la decisión de inmolarse en la Plaza Wenceslao de Praga protestando contra la invasión soviética. De este modo, la libertad afronta la finitud de la existencia y su valor se encuentra en la apertura hacia un sentido nuevo que la sobrepasa.

La Carta como conmoción

Patočka era para Havel y Hájek la primera opción como tercer portavoz. Frente al escritor Václav Černý, políticamente abierto aunque conocido por su fuerte temperamento, Patočka daba una imagen más sosegada, y por tanto, menos riesgosa para los fines de la iniciativa.³ Tras algunas reuniones con ellos, el filósofo acepta este rol, seguramente viendo en él un camino inevitable de sus meditaciones filosóficas sobre el destino moral de Europa. Esta decisión es crucial para el impacto de la Carta. Fue él quien supo dar al documento una fuerza ética por sobre cualquier estrategia política: “No sé qué hubiera pasado con la Carta si durante su comienzo Patočka no hubiese iluminado este camino con la luz de su gran personalidad”, confesará Havel.⁴

Un rasgo interesante de la Carta consistió en que cada uno de sus firmantes tenía una interpretación particular de su propósito. Otro es que el documento estuvo lejos de mancomunar a la comunidad intelectual; muchos intelectuales importantes, entre los que se encontraba el reconocido escritor Bohumil Hrabal, formaron parte de una iniciativa oficialista, una Anti-Carta. A los ojos del filósofo, la Carta tenía un estatuto de acción pedagógica por la que se comprende “que en la vida hay algo más que el miedo y el beneficio”, y lo que debe esperarse de ella es la entrada a nuevas significaciones por fuera del monopolio soviético de la interpretación.⁵ Por supuesto,

³ Zantovsky, Michael, *Havel: a life*, Nueva York, Grove Press, 2014, p.199ss.

⁴ Havel, Václav, *Disturbing the peace*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1990, p.136.

⁵ Patočka, Jan, “Co můžeme očekávat od Charty 77?”, en *Knihy Charty*, Colonia, V. Prečan, p. 177.

esto no pone a los modelos de la democracia capitalista como opción; en verdad, tanto los soviéticos como aquellos operan reduciendo la vida a un conjunto de fuerzas. Más bien, el motivo conductor de la declaración concuerda a su vez con la visión patočkiana de la Post-Europa, la cual no se circunscribe únicamente las modificaciones geopolíticas y sociales dadas durante la posguerra, sino principalmente un desafío ético que suscita para el filósofo la necesidad de repensar lo que los griegos denominaron el cuidado del alma. ¿Qué significa este cuidado del alma? Rechazar los procesos conductores al sinsentido de la existencia y afirmar que la verdad surge en una continua *praxis* del pensar.

Debido a la publicación de la Carta, Havel es arrestado hasta mayo. El gobierno soviético creía así tener controlada la situación, pero esta creencia desapareció pronto cuando Patočka mostró ser algo más que un portavoz simbólico y asumió su tarea de manera imperturbable. Aun padeciendo una bronquitis crónica a sus 69 años, se levantó de su reposo para ser entrevistado por el ministro de Relaciones Exteriores holandés, Max Van der Stoel, el 1^{ro} de marzo de ese año. La reunión fue vista por el gobierno como una in-

Patočka durante su entrevista con Max Van der Stoel. Fuente: Archivo Patočka, Praga.



tervención inaudita a los asuntos checoslovacos. Por ello, la policía secreta visitó su casa durante dos días, llevándolo a la comisaría el 3 de marzo para interrogarlo durante cerca de 11 horas.

A partir de allí, surge un mito de martirización. Patočka muere ese 13 de marzo a causa de una hemorragia cerebral. Algunos intelectuales difundieron que dicho interrogatorio lo mató. Paul Ricœur, en el prefacio para la edición francesa de los *Ensayos heréticos sobre la filosofía de la historia*, sostiene que Patočka “fue llevado a la muerte por el poder”;⁶ una historia más dramática aún relata Richard Rorty en “El vidente de Praga”.⁷ Por el contrario, el historiador Jonathan Bolton ha expuesto muy bien las debilidades de este relato ampliamente difundido.⁸ Sin tratos violentos con la policía que hayan sido registrados ni por ésta ni por los testimonios dados por Patočka al periódico alemán *Die Zeit*, solo puede concluirse que lo condujo al filósofo a su muerte fue su débil salud. Si bien es notable cómo la Carta comenzó a generar mitos propios que acrecentaron su potencia simbólica, la importancia de Patočka no se revela en la forma de su muerte. No se volvió el Sócrates de Praga por la condena a beber la cicuta, sino gracias a la preocupación constante por su tiempo y a la conservación de una actitud siempre disidente que constituían una verdadera vida filosófica.

Desde 1969, la obra del filósofo formó parte de los *samizdat*, los textos proscritos por el comunismo. Aun así, sus estudiantes clandestinos y amigos lograron conservar sus escritos no publicados junto con numerosos audios de sus clases, gracias a lo que se estableció en Praga un Archivo Patočka, fundado en 1990 y dirigido desde entonces por sus discípulos Iván Chvatík y Pavel Kouba. La obra de Patočka repercutió fuertemente en sus contemporáneos, así como en sus sucesores, entre los que no puede dejar de nombrarse al filósofo y político Jan Sokol, su discípulo y yerno. Pero la difusión de su obra se debe muy particularmente a su impacto en la filosofía fran-

⁶ Cf. Ricœur, Paul, “Préface”, en Patočka, Jan, *Essais hérétiques sur la philosophie de l'histoire*, traducción al francés de Erika Abrams, París, Verdier, 1981, pp. 7-15.

⁷ Cf. Rorty, Richard, “The Seer of Prague”, *New Republic*, Julio 1, 1991, pp. 35-40.

⁸ Cf. Bolton, Jonathan, *Worlds of dissent: Charter 77, The Plastic People of the Universe and Czech Culture under communism*, Londres, Harvard University Press, 2012, principalmente el capítulo 5.

cófona, gracias a la incasable tarea de traducción que Erika Abrams comenzó en los años 80 y continúa hoy. En este impacto puede destacarse sin ninguna duda la obra de Renaud Barbaras, la figura más representativa de la fenomenología francesa actual, y cuya fenomenología del deseo debe mucho a los análisis patočkeanos de la libertad. Aunque en el mundo hispanoparlante la recepción de su obra no ha tenido el mismo impacto, no puede omitirse la labor que Iván Ortega Rodríguez está emprendiendo con la traducción minuciosa de obras centrales al castellano.⁹

A nuestro entender, su legado se torna indispensable no sólo para pensar nuestro destino desde un punto de vista existencial, sino en igual medida desde lo político. Frente a los valores cosméticos de la unión y la comunidad de intereses, supuesta superación de las ideologías en nuestras democracias, y frente a los discursos que proclaman el consenso a cualquier costo, es imperativo enfatizar que la democracia implica división y disidencia. Son estos fenómenos los que permiten la expresión de nuestra situación real y el espacio que origina nuestra libertad. Patočka aludía a esta esencia de la democracia usando el término griego *polémos* (guerra, discordia), para expresar con ello, como Heráclito, tanto la inestabilidad como la fuerza de este origen:

“*Pólemos* no es la pasión devastadora de un invasor salvaje, sino, al contrario, un creador de unidad. La unidad que funda es más profunda que cualquier simpatía efímera o coalición de intereses: los adversarios se encuentran en una conmoción del sentido dado y crean con aquél un nuevo modo de ser del hombre –tal vez el único que ofrece esperanza en la tormenta del mundo: la unidad de los conmovidos que, sin embargo, afrontan sin temor el peligro.”^{10 11}

⁹ Patočka, Jan. *Libertad y sacrificio*, op. cit.; *Ensayos heréticos sobre filosofía de la historia*, trad. Iván Ortega Rodríguez, Madrid, Encuentro, 2016.

¹⁰ Patočka, Jan, *Kacířské eseje o filosofii dějin*, op. cit., pp. 57-58.

¹¹ Agradezco profundamente a Ivan Chvatík y Jan Frei por recibirme en el Archivo Patočka y permitirme utilizar sus instalaciones durante mi estancia, hospitalidad sin la cual este texto no hubiese sido posible.